



Fig. No. 407.- Escena de adiestramiento en la caza de aves, que ha sido hábilmente representada en la pictografía mochica. El cazador está simbolizado por un halcón.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (3169)

aún no nos ha sido posible establecerlo. Detrás de este personaje sigue otro ornitomorfo que trae también una taza de agua u otro líquido para el cazador.

Los cazadores mochicas fueron indudablemente muy hábiles en el manejo de la estólica y en el arte de lanzar los dardos, ya que no en otra forma podían alcanzar a sus presas cuando éstas se hallaban en pleno vuelo. Para ello, no solamente se valieron de la estólica, sino del mismo impulso del brazo. Este modo de usar los dardos, que requiere una admirable destreza, es empleado hoy día por los esquimales.

En la figura No. 408 aparece un importante vaso de arcilla que nos demuestra el empleo de la cerbatana en la caza de aves. Esta arma, que es aún la predilecta de muchas tribus indígenas de América, se componía, como se observa en el vaso, de un tubo largo por el que se lanzaban pequeños proyectiles impulsados por el aliento. El cazador se ocultaba de su presa sirviéndose de un aditamento plano, colocado a manera de pequeño parapeto. Según los sitios donde se encontraban las aves —en las salientes de las lomas y las piedras, en las cimas de las ramas o tejados—, el cazador adoptaba la posición más conveniente para obrar libremente con el máximo de energía en el resuello.

Para la caza de volátiles también emplearon las trampas. Hasta hoy no tenemos prueba alguna de su forma ni del sistema que se utilizó con ellas. Pero, así como vemos dentro de la cerámica chimú el empleo de una ingeniosa trampa construida de pequeños carrizos, que se usaba para la pesca de camarones —implemento que es igual a los que se emplean hoy entre los

pescadores de Moche y Virú—, nos inclinamos a creer que las trampas y sistemas de caza a que acuden en nuestros días los pequeños agricultores eran los mismos de ayer. Pero, en definitiva, no podemos hacer tal aserción porque, como repetimos, no poseemos los documentos etnológicos que nos lo demuestren. Con todo, será necesario hacer la descripción a grandes rasgos de las trampas y sistemas de hoy, que están difundidos entre los pobladores indígenas de la costa y del interior, ya que presumimos que no está lejano el día en que encontremos la comprobación de su similitud con los viejos sistemas.

Una de las trampas consiste en lo siguiente: una especie de canasta de forma piramidal que se coloca con la boca hacia abajo en un lugar frecuentado por los pájaros. Los granos se arrojan dentro del radio que circunda la boca de la trampa levantada por uno de sus extremos, y que sostiene un pequeño palito al que se ata una cuerda que el cazador —escondido detrás de algún obstáculo— sostiene por el otro extremo. Cuando las aves llegan y se introducen a comer los alimentos allí regados, el cazador tira del cordel con suma suavidad, la canasta pierde su punto de apoyo y cae la tapa y encierra dentro de ella a cuantos animalitos estuvieron presentes. Obtenidas las primeras presas, se vuelve a armar la trampa. Este sistema se emplea comúnmente para la caza de palomas en la época de la cosecha, que es cuando más abundan.

Otro de los sistemas que da magníficos resultados es el llamado huaripalo. Consta de una varilla grande, una estaca y una larga y resistente cuerda. La estaca se fija en el suelo sólidamente, y a ella se ata uno de los extremos



Fig. No. 408.- Individuo utilizando la cerbatana para la caza de aves.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-003-003)

de la varilla que está provista del cordel. La amarra debe estar floja para permitir una mayor soltura en el movimiento de la varilla en el momento de funcionar. El extremo libre de la cuerda es sostenido por el cazador y le sirve para poner en acción la trampa. El alimento se riega a partir de la varilla, cuidando de no salirse del radio de acción que ésta abarca en su movimiento. Cuando los animalitos llegan en gran cantidad y se entregan a recoger los granos, el cazador tira fuertemente y con suma pericia la cuerda, haciendo girar la varilla, que a ras del suelo describe un sector de círculo, matando o atontando a cuantas aves encuentra en su recorrido. El éxito que se consigue con este sencillo procedimiento es halagador, ya que cada vez que funciona deja siempre un buen número de aves por recoger.

La iguana y el cañán eran también cazados por los antiguos mochicas. Dentro de la cerámica advertimos la frecuente representación de la iguana, muchas veces en sartas similares a las que todavía se ven en los mercados de expendio en la actualidad. Fue seguramente alimento preferido del poblador costeño, motivo por el cual se le cazaba en grandes cantidades. Hoy día los naturales de la zona que nos ocupa estiman como un exquisito bocado la carne de iguana, y prestan a su caza una gran atención.

La iguana habita generalmente dentro de los algarrobales. En Virú, uno de los pocos pueblos donde se guardan tradiciones y costumbres de milenaria data, se emplea un curiosísimo sistema para cazar la iguana, el cual explota la torpeza característica de esta bestezuela. Seguramente el mismo método fue aplicado por los antiguos.

Consiste la trampa en una barrera de carrizos o cañas amarrados a manera de esteras largas, cuya longitud mínima es de 10 metros, mientras su altura es prudencial. En las madrigueras de estos animales se coloca la barrera en posición vertical, con sus extremos formando volutas, y, bien asegurada por la parte trasera, queda lista para dar los resultados apetecidos. Al salir el animalito de su madriguera tropieza de inmediato con este obstáculo, y en su afán de franquearlo lo recorre en toda su extensión sin éxito. La torpeza del animal hace que al voltear el caracol de las volutas se encuentre de nuevo con la primitiva barrera que lo atajó, la que vuelve a recorrer una y cien veces. Desesperado, el animal se pasa horas de horas recorriendo esta trampa hasta que se agota y cae rendido, y se convierte en fácil presa del cazador. Por supuesto, se

utilizan para el caso muchísimas de estas trampas que permanecen expuestas el tiempo suficiente para obtener el resultado deseado.

Fue muy apreciada la caza de los caracoles de tierra, manjar estimado por los mochicas. Estos moluscos, que ordinariamente se encuentran en los cerros, eran recogidos en bolsas de fibra y su caza fue ocupación de importancia, tanto que el artista la ha recogido en el bello cerámico de la figura No. 409, donde el modelado de estos moluscos es de gran realismo y ha sido acompañado por fotografías que detallan las escenas de su aprehensión.

No nos es posible extendernos más sobre esta interesante actividad de los mochicas. Fuera de los documentos que presentamos y otros que existen en diversos museos y colecciones, hay muy pocos que expresen con mayor claridad los sistemas peculiares, usos e incidentes que la antigua caza creó y suscitó. Sin embargo, las pruebas exhibidas en esta obra han de servir de base para posteriores investigaciones.

### La cacería de lobos

Acápíte especial merece esta actividad, que fue interesante, divertida y gozó de gran estima en la época que estudiamos. Estas anotaciones nos han sido sugeridas por un valioso documento: un relieve que adorna la superficie globular del vaso que aparece en la figura No. 410. Este relieve acusa la particularidad de expresar una vida y movimiento asombrosos. No es necesario sino poner los ojos sobre él para presenciar la escena como en una pantalla en la que se proyectan figuras animadas.

En este relieve vemos la fuga desesperada de los anfibios, mientras los cazadores mochicas, que son a la vez pescadores –pues llevan el atavío que éstos portan en la cabeza–, corren tras ellos, dando saltos y blandiendo sus pesadas mazas, con las que asestan terribles golpes a sus presas. Éstos también llevan escudos circulares para ponerse a salvo de cualquier embestida. La escena dice, además, que la caza del lobo se realizaba por sorpresa. Y en efecto, se esperaba que estos animales, en grandes enjambres, invadieran la playa para descansar, momento que aprovechaban los cazadores para sus irrupciones violentas, caracterizadas por una lluvia de garrotazos que tendían víctimas por todas las direcciones. En este arriesgado deporte tomaban parte numerosísimas personas. A juzgar por los documentos que tenemos, la



Fig. No. 409.- Individuos dedicados a recolectar caracoles de tierra, que comúnmente se encuentran en los cerros.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (062-003-001)



Fig. No. 410.- La pesca de lobos representada en un movido y expresivo relieve.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-189)